

LA VIDA NOVOHISPANA COMO OBRA DE ARTE

SEGÚN LA EVOCACIÓN QUE DE ELLA HACE ROMERO DE TERREROS

Por Jorge Alberto Manrique

Don Manuel Romero de Terreros, aparte de los innumerables trabajos que dedicó a la historia de nuestro arte colonial, ya aportando datos nuevos, ya desenterrando documentos desconocidos u olvidados, ya haciendo acuciosas descripciones (base de otros trabajos) o síntesis divulgativas, dedicó no poco esfuerzo a una actividad histórica centrada también en la para él tan cara época colonial: a lo que él mismo llamó en más de una ocasión *vida social*.

Los trabajos que sobre este tema específico dejó no alcanzan, ni con mucho, el número de los que llevó a cabo sobre tantos temas de historia del arte, pero no dejan de tener, dentro de la obra toda de este tan empeñoso investigador, un sitio destacado. No sólo, sino que aparte del volumen que representan, y aparte también de su valor intrínseco, resultan de la mayor importancia para entender en conjunto la actividad de don Manuel como estudioso de nuestro pasado. Lo que de "vida social" hizo completa el resto de su quehacer, y de algún modo lo explica.

Con esos estudios más propiamente históricos, si se quiere, que los artísticos, don Manuel Romero de Terreros ingresó, desde muy temprano el siglo que vivimos, en toda una importante corriente de la historiografía mexicana, revalorizadora —en tantos aspectos— del periodo colonial: aquella que podríamos considerar iniciada y encabezada por don Luis González Obregón. No ciertamente por azar le dedicó a él don Manuel la edición en un volumen de sus escritos sobre vida social,¹ ni puede extrañar que aquél lo prolongara con tanto agrado y aprovechara para decir que "sin duda para fijarse en mí... debe haber pensado que yo recibiría particular gusto en ello", y que seguramente le pidió las palabras iniciales "para complacerme y transportarme a otros tiempos que siempre han sido motivo de mis estudios..."² Adelantemos, por ahora, que sí don Manuel se sintió conscientemente ligado a esa corriente historio-

¹ *Ex antiquis. Bocetos de la vida social en la Nueva España*. Guadalajara. Fortino Jaime, 1919. La reimpresión "casi sin alteración" *Bocetos de la vida social en la Nueva España*. México, Porrúa, 1944.

² *Idem*, "Prólogo".

gráfica y aceptó complacido que se le considerara asociado al grupo de historiadores que la cultivan, como la dedicatoria a que aludimos lo muestra, nunca se dejó ir en la pluma a lo "novelesco-histórico" en que caerían algunos de sus representantes: muy por el contrario, conservó siempre una ecuanimidad y una seriedad académica que lo hacen distinguirse, no fuera más que por eso sólo, dentro del grupo en que se vio acogido.

Después de que nuestro siglo XIX había entendido la historia colonial como relato de situaciones, de problemas concretos o de actuaciones de individuos (García Icazbalceta, Orozco y Berra); después de los grandes esfuerzos de síntesis que fueron obras como la de Vicente Riva Palacio o la de Justo Sierra; paralelamente al esfuerzo de crear una historia "científica" que llevaban a cabo Francisco del Paso y Troncoso o Genaro García con la publicación de documentos: una historia pensada como un edificio, cuya cima no se alcanzaba ni a imaginar y cuyo alzado mismo no estaba ni proyectado, pero para el que se sabía de cierto la necesidad de sólidos cimientos (los documentos que ellos rescataban). Después de todo eso, no reñido necesariamente con ello, aun aprovechando tantas veces la labor de aquellos grandes viejos hombres de estudio, aparece la corriente historiográfica en donde encaja la obra de don Manuel Romero de Terreros.

"Vida social", dice Romero de Terreros, pero por ese término no debe entenderse lo que en fechas más o menos recientes ha venido popularizándose bajo el término —sólo parecido en apariencia— de "historia social" (moda a la que, siempre un poco tarde, como se debe, se han entregado con furor en todavía más recientes fechas no pocos historiadores de nuestro medio). Cuando don Manuel dice vida social no debe entenderse que trata de historiar la vida toda de la sociedad novohispana, ni que trata de explicarse las relaciones de los diferentes grupos sociales de ese entonces, ni la actitud de cada uno, ni menos las conexiones de ellos con la actividad económica; no trata, en fin, de ocuparse de la comunidad novohispana en su conjunto. Su interés se dirige a sólo una partícula de esa comunidad o, si se prefiere, a una de esas tan diversas comunidades que componían el todo que reconocemos como la Nueva España: la de los 'ricos hombres', los títulos, los altos funcionarios. Esto es, atiende más o menos a lo que ahora se acostumbra designar como "alta sociedad", esa que aparece en las modernas páginas periódicas de 'sociales'. (Como se ve, las palabras 'social' y 'sociedad' son tan comodinas que lo mismo sirven para hablar de 'movimientos socia-

les' —y referirse a huelgas, sindicatos, luchas obreras, etcétera, que para hablar de 'actividades sociales'— y entonces designar fiestas, banquetes, bodas y cosas similares.)

Para los grandes historiadores conservadores del siglo XIX el estudio de la Nueva España tenía un fin concreto e insoslayable: el de descubrir unas esencias propias a la sociedad mexicana, que justamente por ser esencias propias había que conservar; o en todo caso, sobre las cuales, y justamente sin contrariarlas, debían efectuarse los cambios necesarios para el mejoramiento de este país. Parece claro que si don Lucas Alamán sintió la necesidad de escribir las *Disertaciones* como antecedentes a su *Historia de México* fue precisamente porque le pareció necesario explicar lo que él entendía que habían sido las constantes de la vida de la Nueva España, para así poder sustentar todo su criterio al relatar los acontecimientos de la Independencia y del México posterior. Piénsese en cómo su pensamiento político, tantas veces expresado —y especialmente en el momento de la fundación del Partido Conservador— se apoya constantemente en ese análisis por él hecho previamente de la vida del México anterior a la Independencia. Hay que saber los valores de la sociedad novohispana para poder conservarlos y defenderlos como cosa entrañable, y para saber qué cambios pueden hacerse, nunca contradiciendo esos valores, sino fundándose en ellos.

Para los grandes historiadores liberales del siglo XIX el conocimiento de la Nueva España era también indispensable, pero por otras razones. Ellos estaban convencidos de que la época colonial había sido un pasado negro, lamentable y triste; estaban convencidos de que México había nacido (o por lo menos renacido) con la Independencia; convencidos de que el grito de Hidalgo había sido el inicio de un proceso, no por dificultoso y largo menos necesario, de reinvencción del país. Inventar a México como país moderno³ era su finalidad última. Pero justamente por eso se imponía la necesidad imperiosa de conocer aquel pasado, para descubrir la raíz de los vicios que carcomían en su tiempo a la sociedad mexicana: conociendo el origen podía atacarse el mal. Y esto creo que puede decirse desde don Carlos María de Bustamante —si es justo llamarlo historiador liberal— hasta el propio Vicente Riva Palacio; a pesar del sentido de conciliación que de alguna manera puede ya advertirse en las páginas salidas de este último, resulta muchas veces explícita en tantas

³ J. A. Manrique. "El pesimismo como factor de la Independencia de México." *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O'Gorman*. México, UNAM, 1968.

partes de su brillante historia la intención de advertir el cómo y el cuándo de un vicio novohispano continuado a través de la vida del México independiente y con el que es necesario acabar. El caso de don Justo Sierra es tan obvio en este sentido que parece innecesario referirse a él.

Para otros historiadores el conocimiento del pasado colonial había tenido o tendría un sentido de simple y llana curiosidad "científica", sin más finalidad, por lo menos aparente, que el conocimiento mismo de los hechos.

Frente a todo esto, la historia de la corriente a la que pertenece Manuel Romero de Terreros venía a estar enriquecida por un nuevo elemento, no vergonzosa, sino abiertamente subjetiva. Para ellos se trataba de hacer una historia con *sentimiento*; no una historia *para* un determinado fin político, no una historia por mero prurito especulativo, sino una historia fundamentalmente sentimental. Se trata ahora de plantear la historia como un deleite: el recuerdo o la recreación de un pasado como un placer. Aceptando con plena conciencia este nuevo modo de historiar, que tiene antes que nada el resultado de enriquecer al propio historiador que la hace, don Luis González Obregón pudo decir en el prólogo al que ya hemos aludido que "El mismo gozo que he recibido y gozado con la evocación de aquellas cosas de los pasados tiempos, estoy seguro que lo recibirán y gozarán los que lean los sucesos contenidos en estas páginas. . ."

Ciertamente la historia de la vida social que lleva a cabo Romero de Terreros no está, a su vez, exenta de una utilidad, pero mucho más sutil: la que deriva de la idea de hacer despertar —al mismo tiempo que se despierta uno mismo— a la conciencia de esas cosas que fueron. Y el acento subjetivo puesto en este tipo de historia no debe verse, como tan a menudo y a la ligera suele hacerse, como una tacha; que bien mirado y honestamente aceptado puede convertirse en un valor. Ya Vico —van para esto dos siglos y medio— dijo que "habiendo sido este mundo de naciones hecho por los hombres, y debiéndose hallar, por tanto, el modo de esto en la propia mente humana, ellos mismos son los sujetos de la prueba del 'debió, debe, deberá'; pues ocurre que cuando quien hace las cosas se las cuenta a sí mismo, la historia es la más cierta".⁴

En el gran proceso que para reconocerse inició el México del siglo XX, la obra histórica sobre la "vida social" del marqués de San Francisco

⁴ G. B. Vico, *Ciencia nueva*. Madrid. Aguilar. 1960, 1, pp. 215-216.

(como él mismo acostumbraba firmarse) ocupa, pues, un sitio ciertamente no desdeñable.

No por la cita de Vico que acabamos de incluir se piense que la historia a que nos referimos presenta complicaciones o incluye la defensa de determinadas teorías. Historia modesta en sus principios, no se plantea problemas mayores sobre los modos o las razones del historiar, sobre los porqués y los cómo de quienes se dedican a conocer el pasado. Historia simple y sin complicaciones teóricas, si las hay. Que tiene en cambio, y se atiene sólo a ellos, unos determinados y sencillísimos principios éticos, suficientes para garantizarla como una actividad digna: la honestidad y la corrección.

Todo lo dicho lleva ya, como de la mano, a encontrar lo que para mí es la clave del sentido del tipo de historia de la vida social que tan limpiamente hizo don Manuel Romero de Terreros. En sus escritos puede advertirse que campea un sentido siempre presente: *la historia entendida como evocación*.

Hacer historia como él la hizo es evocar un pasado, recordarlo con amor, con gusto, viviendo o reviviendo de alguna manera la historia. Recordemos otra vez a don Luis González Obregón que habla del gusto con que ha recibido y gozado de la evocación de aquellas cosas de los tiempos pasados. El propio don Manuel nos dirá en un pasaje: "Evocar, pues, su recuerdo [el de la ceremonia del cruzamiento], es evocar una faz de la vida social del virreinato que tendrá siempre su encanto. . ."⁵ Modesta evocación, si se quiere, en su fin y en su objeto. No se propone como útil especialmente para algo en concreto, no se propone ni siquiera ser la evocación de todo ese pasado. Pero aun así, qué evocación tan verdadera, que tiene la verdad del que hace las cosas y se las cuenta a sí mismo, y qué evocación tan sentidamente llevada "con arte y amor".⁶

Renunciando a la ambiciosa —y para él seguramente no siempre interesante— evocación de la totalidad de ese pasado, don Manuel se contenta con traernos a la memoria las venidas a la ciudad de México de la Virgen de los Remedios, o los fastuosísimos funerales del marqués de Casafuerte, nunca igualados en pompa, o las fiestas de San Agustín de las Cuevas, San Ángel o Tacubaya. No en vano tituló a su libro más importante en este sentido "Bocetos de la vida social. . .": se trata de rápidas, amables visiones de aspectos aislados de una clase social opulenta; pero no por rápidas faltas de rigor, sino siempre documentadas, cuidadosas,

⁵ *Bocetos. . .*, pp. 209-210.

⁶ González Obregón en el "Prólogo" citado.

apoyadas en un vastísimo conocimiento de una época y una ininterrumpida búsqueda en libros y archivos.

Y no se trata sólo de eso. Al relatarnos los malhumores de la marquesa de las Amarillas, o el escándalo del matrimonio de la "China" María Ignacia Cruzat, verbigracia, Romero de Terreros entró en los terrenos de esa peculiar historia que se acostumbra llamar, con expresión chocantísima, la "petite histoire": la historia del pequeño suceso, de la mínima intriga, de las intimidades de personajes notables; la historia de lo mínimo cotidiano. Y de ese particular tipo de estudios carece casi por completo nuestra historiografía, sea porque los prohombres nuestros hayan sido especialmente recatados y celosos de su intimidad, sea por un respeto que impidió a sus contemporáneos dejar testimonio de algo que quizá entonces sí llegó a trascender, sea, sobre todo, por la poca curiosidad de los historiadores hacia ese aspecto. Y es lástima que sólo muy pocos, como don Manuel, hayan dedicado esfuerzos a tal tipo de cosas; y no porque en sí sea importante el pequeño chisme referente a un virrey o a un título, sino porque es capaz de revelarnos de alguna manera un estilo de vida, una manera de ser, que esa sí nos lleva a comprender el tono de una época. Para entender completamente a un hombre o a unos hombres, no basta conocer sus acciones públicas, sino también sus pequeñas debilidades, sus pequeños gozos, sus mínimas envidias.

Se entiende que la decidida inclinación de Romero de Terreros por una historia que fuera evocación, y muchas veces evocación de lo menor, está en relación con su propia vida. Si eso puede decirse *a priori* de cualquier estudioso, en el caso que nos ocupa resulta tanto más claro. Vástago de una vieja familia que conoció sus mejores glorias y el mayor reconocimiento público en el siglo XVIII, parece claro que tuviera un especial deleite en ocuparse de aquella época y en recordar aquellos fastos. Y recuérdese en cuántas ocasiones utilizó los ricos archivos familiares, o rastreó en otros archivos y crónicas el recuerdo de su propia familia o de otras relacionadas con ella. Y justamente por ello se explica una vocación histórica tan decidida, pero al mismo tiempo tal que no necesitaba justificarse en otros incentivos de utilidad o de 'programa'. Para él no se trataba más que de salvar el recuerdo de algo que fue y que sin duda tuvo unos valores: eso, no más. "... los grados de doctor que en diversas facultades esta Universidad concedía, estaban sujetos a un curioso ceremonial, del cual parécenos pertinente dar un ligero bosquejo antes de que desaparezca del todo el recuerdo del vetusto plantel".⁷ Todo

⁷ *Bocetos...*, p. 101.

este sentido de añoranza se expresa claro en el título general que dio a los artículos sobre vida social que publicó desde 1912 en *El País*: "Ex antiquis."⁸

Entendida de esta manera la historia social de don Manuel Romero de Terreros, puede comprenderse la estrecha relación que tiene con su interés siempre constante por la historia del arte y por los hechos artísticos mismos. Recordar una fiesta, una anécdota o un paseo tiene el mismo sentido que contemplar un cuadro añoso, una vieja hacienda o una escultura antigua. El deleite es similar; en ambos casos se trata del esfuerzo por revivir una emoción que fue. La contemplación de la obra de arte y la contemplación de una escena reimaginada son absolutamente equiparables: llevan a "evocar una faz de la vida", que "tendrá siempre su encanto", y por ese camino, creando "joyas nuevas" (según la expresión de González Obregón), a un intento de dignificación de la vida, si no ya la de todos, por lo menos la propia.

Inversamente, en toda la historia del arte que escribió don Manuel hay abundantes pinceladas de "vida social". Hablar, por ejemplo, de las haciendas es hablar un poco de la vida que en ellas se desarrollaba, de las visitas de los señores, de la organización de la vida de aquellas grandes familias durante el tiempo que pasaban en sus propiedades rústicas; hablar de las fuentes es evocar los sitios en que estaban, plazas, conventos, casas de campo, y de los hombres que las vieron; hablar de los palacios de los próceres es también traer a cuento los saraos, las visitas, la vida diaria... La vida social y el arte se complementan en su evocación del tiempo ido.

Siempre esfuerzo evocativo, nunca intento de explicación. Por eso no hay en toda la obra de don Manuel un sentido crítico (aparte, claro está, de la crítica de fuentes). Las ideas críticas o analíticas no aparecen ni en su historia de la vida social ni en su historia del arte generalmente porque carecen de una función dentro de ese particular modo de historiar. *A priori* se acepta que aquella forma de vida está plena de valores, de modo que basta el deleite de su contemplación para justificar el esfuerzo del historiador. No se discuten, ni hay tampoco una intención particular por parangonarlos con formas posteriores de vida y exaltarlos frente a ellas. Después de la exposición de su tema, más bien escueta por lo general, al terminar un artículo o un capítulo se conforma con una breve reflexión final, las más de las veces nostálgica y que en muy pocas ocasiones

⁸ El primero en octubre de ese año, se continuaron durante el año siguiente. La primera edición en forma de libro conserva el título de *Ex antiquis* (ver nota 1).

deja ver algo de amargura: "Al consumarse la Independencia —ocioso es decirlo— cesó la Guardia de Alabarderos. . ."; "¡Raros ejemplos de piedad fueron aquellos, que seguramente no veremos imitados en éstos ni en los venideros tiempos!"; algunas veces el comentario, siempre parco, contiene un envío irónico: "¡Extraña costumbre la de hacer obsequios en metálico a los concurrentes a una fiesta! Admira verdaderamente que no se haya adoptado en esta práctica edad." ⁹

Burkhardt habló del gobierno de las repúblicas del Renacimiento como de una obra de arte. Y ciertamente don Manuel Romero de Telleres consideró la vida social que él historiaba, también como una obra de arte: como un todo armónico, completo, sabiamente organizado, estético aun en la solución de los problemas de irregularidad que se le presentaban.

El sentido de evocación, y el gusto de contemplar la vida de crosos o próceres como obra artística, llevan necesariamente a don Manuel a la particular forma en que llevó adelante su obra de historiador, no sólo en lo que se refiere a vida social, sino también en la historia del arte. Si se parte del principio de que la contemplación o el saborear una obra o una actitud vale suficientemente para confirmarlos como un valor, parece claro que mientras más se deje hablar la obra o al documento, en su caso, sin mayor imposición de juicios o interpretaciones exteriores, el resultado se acercará más a lo deseado. De ahí que en tantos casos prefiera describir sólo las obras o las situaciones de la vida cortesana, o transcribir sólo los documentos, sin más intervención que la reflexión inicial o final a que he hecho referencia. Únicamente transcribirlos para, como él mismo dice, "conservar todo su sabor".

Así, por ejemplo, en su obra *Torneos, mascaradas y fiestas reales en la Nueva España* ¹⁰ se concreta a dar en la introducción una serie de explicaciones referentes a esos festejos, que permitan al lector la mejor comprensión de lo que vendrá después; texto preciso, sabio sin duda, en cuya brevedad podrá percibirse una especie de prisa por dejar ya al lector frente a las escenas que introduce, como si tratara de no violentar la simple percepción de esos trozos escritos. Y después vendrán los relatos contemporáneos de los hechos (o en algún caso excepcional un texto de García Icazbalceta), apenas adobados, si acaso, con una entrada o una

⁹ *Bocetos...*, pp. 100, 166, 201.

¹⁰ *Torneos, mascaradas y fiestas reales en la Nueva España*. México, Munguía, 1918. (Cultura, 9, núm. 4.)

constatación final; mientras menos intervención haya, mientras menos "contaminación" más y mejor podrán cumplir los textos su cometido.

De modo parecido, aunque menos extremo, sus *Bocetos de la vida social en Nueva España*, que son estudios cortos divididos en tres grandes secciones ("Las virreinas de Nueva España", "Procesiones y paseos" y "El gran mundo colonial"), incluyen una gran cantidad de transcripciones de documentos o textos contemporáneos. En general relata el autor, siempre con esa austeridad de tono y esa elegancia característica, el suceso que hace tema al capítulo y lo va armando con las citas entrecuilladas que tienen la función ya dicha de dar un "tono al relato, y no sólo la de garantizarlo de fidedigno. A veces tales transcripciones se convierten en el meollo mismo del capítulo o del artículo, a tal grado que sólo algunos párrafos iniciales o finales lo completan, capaces siempre, dentro de su brevedad, de situar la época, los personajes y el documento mismo.¹¹

Ciertamente esta forma que describimos, en que Manuel Romero de Terreros lleva adelante su obra histórica, no debe confundirse, de ninguna manera, con la simple publicación de documentos. En este último caso el interés está sólo en proporcionar un material que, puesto al alcance de un público amplio, pueda ser de este modo aprovechado. Pero hemos visto que la idea de nuestro historiador es fundamentalmente la de evocar un pasado. De modo que su arte está en estructurar de tal modo los documentos que transcribe que, lejos de quedar únicamente consignados, entran a formar parte de un todo coherente y armónico. Y por más que las transcripciones estén ahí, queda suficientemente claro su sentido: son sólo instrumentos —tan importantes como se quiera— de una verdadera recreación histórica.

En toda su obra hay un sitio amplio a la imaginación. Si decimos que para él historiar es evocar, si para él la gran tarea es crear este inmenso recuerdo (recuerdo que cada uno tiene necesidad de inventar), parece claro que esa "reina de los sentidos" tiene una gran parte. Pero se trata siempre de una imaginación controlada, siempre la necesaria para recrear ese pasado "que tendrá siempre su encanto, como tiene su encanto el vago perfume de una flor disecada que se encuentra entre las páginas de un libro".¹² Siempre la necesaria, pero casi nunca más que eso. Una imaginación que en general no pierde pie, que es bastante para dar al

¹¹ V. gr. lo referente a doña Ana de Zayas, esposa de Matías de Gálvez, en *Bocetos...*, pp. 57-62.

¹² *Bocetos...*, pp. 209-210.

relato, a la crónica, aun a la conseja, su sentido dentro de un discurso coherente; que es capaz de permitir a otro esa evocación que él ha conseguido —a base justamente de imaginación— sobre los datos conservados, hurgados, descubiertos. Pero sólo muy rara vez se deja don Manuel llevar por la tentación de ir más allá de lo que las trazas conservadas le permiten: “Quizás el que en vida fue apodado ‘el duende’ lo sea ahora, efectivamente, y en las noches solitarias salga de su tumba y ronde por el espacioso templo de San Agustín, lamentándose con lúgubres gemidos de que tan sagrado recinto se halle convertido en mansión de libros... y de ratas!”¹³

Autor consciente del grado de sentimiento que hace entrar en su obra histórica, que entiende el historiar de la “vida social” como una evocación de esa vida, a su vez considerada como una obra de arte. Uno de los pocos que entre nosotros han intentado recrear el tono de una época a partir de las anécdotas mismas; parco, pero riguroso, que contempla un rasgo de la sociedad colonial como un objeto artístico. Del trabajo de don Manuel Romero de Terreros puede repetirse lo que don Luis González Obregón dijera, que desentrañaba sus evocaciones, con arte y amor, de papeles olvidados, para ofrecerlos “como hábil orfebre que cincela con plata u oro antiguo, ricas y hermosas joyas nuevas”.

¹³ *Idem*, p. 176.